

La Campaña del Estrecho y la Batalla del Salado: el final de la intervención norteafricana en la Reconquista

*Daniel Jesús García Riol**

*Al Profesor Dr. D. Eloy Benito Ruano,
gracias a quien comprendí la Reconquista
como categoría histórica e historiográfica.*

1. La aproximación castellana al Estrecho: Alfonso x el Sabio

Un joven príncipe es conducido solemnemente por varios magnates quienes le colocan sobre la losa sepulcral de la recién cerrada tumba de su padre. Una vez allí la corte rodea al infante heredero y varoniles voces se elevan hacia las naves de la ahora catedral sevillana: « Castilla!, Castilla!, Castilla, por el muy alto y muy noble y muy esclarecido Rey Don Alfonso!» . 1252, acababa de ceñir la corona Alfonso X el Sabio.

Tras el sometimiento a Castilla del Valle del Guadalquivir por parte de Fernando III el Santo y del Repartimiento de Sevilla a partir de 1248, a muy pocos observadores del momento les podrían quedar dudas acerca del inevitable final de la empresa reconquistadora y de la próxima desaparición del Islam peninsular independiente. El propio Rey Santo había dejado escrito a su hijo y sucesor Alfonso X que le legaba una enorme herencia y que las tierras que no estaban aún conquistadas ya eran tributarias de Castilla.

El Rey Sabio no fue un monarca especialmente guerrero pero supo continuar la obra iniciada por sus mayores. Así procedió, hacia 1253, a la conquista de las plazas de: Tejada, Lebrija, Arcos de la Frontera y Jerez de la Frontera. En 1262 consumó la conquista del Reino Taifa de Niebla (el lugar donde la tradición quiere que se empleara por vez primera la pólvora con fines militares) y en 1264 se añadían a las tierras de

* I.P.H.B.A. University. E-mail: dagariol@hotmail.com.

Castilla las plazas de Vejer de la Frontera, Alcalá de los Gazules, Medina Sidonia, Conil de la Frontera, Rota, Chipiona, Sanlúcar de Barrameda y Cádiz. Repobló esas amplias zonas de la campiña sevillana y gaditana, fundando en la Bahía un hermoso santuario mariano en la vieja Alcanate que pasaría a denominarse a partir de entonces Santa María del Puerto (El Puerto de Santa María).

Los musulmanes andaluces y murcianos habían sido expulsados de las grandes ciudades pero vivían en el campo cristiano en calidad de mudéjares y vasallos de Castilla. Esa convivencia desigual terminó por alimentar la semilla del odio y Mohamed I de Granada, ayudado por «voluntarios de la fe» norteafricanos, terminó por urdir un vasto plan de insurrección general. En efecto, en 1264 estallaba en Jerez una violenta sublevación de la población mudéjar que tuvo triunfal eco en otros lugares como Arcos de la Frontera, Medina Sidonia, Rota, Sanlúcar de Barrameda, Lebrija, Utrera y Vejer de la Frontera. Entre 1264 y 1266 Alfonso X tuvo que aplicar medidas excepcionalmente duras para aplastar un levantamiento que había sido abortado en la propia Sevilla y en Osuna, pero que se había extendido vertiginosamente por la orilla izquierda del curso bajo del Guadalquivir.

Vencida la sublevación, con la intervención de Jaime I de Aragón aplastando a los rebeldes murcianos, el Rey Sabio dispuso que las Órdenes Militares de Caballería se ocuparan de aquellas tierras, y así, calatravos, santiaguistas, sanjuanistas y templarios fueron ocupando fortalezas allí donde los mudéjares habían sido definitivamente expulsados. Las cruces de los caballeros comenzaron a enseñorearse de Arcos de la Frontera, Algodonales, Osuna, Estepa, Marchena, Lora del Río...mientras los mudéjares se exiliaban en el Reino de Granada, ambiguo y poco leal vasallo de los castellanos en aquellas convulsas jornadas¹.

2. Una nueva invasión norteafricana: los benimerines entran en escena

Como ya hubiera sucedido con el Imperio Almorávide frente al creciente poder almohade, ahora el Imperio Almohade resultaba barrido por la nueva fuerza emergente en el Magreb, el Imperio de los Benimerines.

En la Península, Mohamed II había subido al trono de Granada en 1273 y tuvo que renovar en Sevilla el vasallaje de su reino hacia Castilla, el cual llevaba aparejado el abono de la fabulosa suma de 300.000 maravedís. Granada, hundida en la recesión económica y envuelta en el levantamiento de los arraeces de Málaga, Guadix y Comares, no podría soportar otro pago de parias semejante. Por ello, el segundo monarca nazarita se dispuso a pactar una alianza militar con los nuevos amos del norte de África, los Benimerines de Abu Yusuf Yacub. A cambio de ayuda militar contra Castilla, los

¹ GARCÍA FITZ, F., «Los acontecimientos político-militares de la frontera en el último cuarto del siglo XIII», *Revista de Historia Militar*, 64, 1988, pp. 9-71.

benimerines exigieron la entrega de las plazas de Algeciras y Tarifa que sumaron a la de Ceuta, ya en su poder, y que significaba, con toda crudeza, el cierre del Estrecho a la navegación cristiana, no sólo peninsular sino europea. El 13 de mayo de 1275 las vanguardias africanas desembarcan. Había comenzado la larga «Campaña del Estrecho», un conflicto de décadas en el que se van a poner en juego las comunicaciones marítimas entre el Mediterráneo y el Atlántico, y, además, el dominio de la plataforma de acceso de los invasores norteafricanos a suelo peninsular².

Estalla la guerra en un delicado momento. Alfonso X estaba fuera de Castilla, litigando en su eterna aspiración a la corona imperial («Fecho del Imperio»). En sus reinos había dejado a su hijo mayor el Infante Don Fernando de la Cerda. El frente cristiano saltó en pedazos por la doble ofensiva musulmana. Los granadinos cargaron contra las tierras de Jaén mientras los benimerines lo hacían contra las llanuras de Sevilla.

El Infante Don Fernando acudió a la zona desde Burgos pero la muerte le sorprendió en Villareal (Ciudad Real) en agosto de 1275. Los musulmanes tomaron Almodóvar y Huelma, derrotaron y dieron muerte a Don Nuño de Lara frente a las murallas de Écija, se presentaron a la vista de Sevilla en octubre y dieron muerte al Arzobispo de Toledo Don Sancho de Aragón en Martos (Jaén) cuando llegaba a esas tierras con refuerzos³.

El quebranto de los castellanos era grande pero las principales fortalezas habían resistido convenientemente. Los benimerines no contaban con trenes de asedio considerables y esa circunstancia iba a dar un respiro a los atribulados cristianos. Con Alfonso X muy lejos de Castilla, el Infante Don Sancho toma el mando, y lo hace con una energía y una disposición táctica envidiables. Los nobles le siguen como a su señor natural y se organiza una poderosa defensa para cerrar el frente abierto. Don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya se encargó del sector de Écija, el Maestre de Calatrava hizo lo propio con el de Jaén, Don Rodrigo González Girón, Maestre de Santiago, se ocupó del de Córdoba y el Infante Don Sancho se hizo cargo del sector de Sevilla y de aprestar una flota capaz de cortar las comunicaciones de los musulmanes en el Estrecho. Así mismo el ya fatigado Jaime I se aprestó nuevamente para la lucha aplastando una insurrección de los mudéjares valencianos y ofreciéndose para intervenir en Castilla si fuera necesario. Sus agotadas fuerzas se extinguieron en Valencia el 21 de junio de 1276.

Felizmente para Castilla la guerra contra granadinos y benimerines terminó en muy breve plazo, aunque cambiaban las cosas. Mohamed II había obtenido escasas ganancias territoriales y, por el contrario, contaba ahora con la animadversión de Castilla y

2 VIGUERA, M^a J., «La intervención de los benimerines en al-Andalus» en *Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Filología, Madrid, 1988, pp. 235-247.

3 GARCÍA RIOL, D.J., «Las Órdenes Militares en tiempos del rey Sabio: estrategia política y táctica militar», *Alcanate*, 2, 2001-2001, pp. 185-192.

la presencia amenazante de los benimerines en Tarifa y Algeciras desde donde, llegado el caso, podrían aspirar a apoderarse de Granada como ya hicieran en siglos pasados almorávides y almohades.

El 4 de abril de 1284 fallecía en su Sevilla, «la única que no me ha dejado» según reza el simbólico NO-DO hispalense, Alfonso X el Sabio; abandonado por sus ciudades, combatido por su hijo el Infante Don Sancho e ignorado por las Órdenes Militares a las que había favorecido. Así pues sube al trono castellano Sancho IV en detrimento de los derechos sucesorios de los Infantes de la Cerda, hijos del primogénito de Alfonso X, Don Fernando, fallecido en 1275.

El nuevo monarca es un rey enérgico y dispuesto a seguir dando batalla a los musulmanes. Sus acciones se dirigirán hacia el extremo más meridional de nuestra Península: Tarifa y su comarca, que junto con Algeciras, constituía una poderosa cabeza de puente de los benimerines en la Península

La importancia estratégica del dominio de ambos lados del Estrecho ya había sido intuida por Alfonso X quien, en una fecha tan temprana como la de 1260 protagonizaba, a través de su almirante, Juan García de Villamayor, la conquista de la plaza costera de Salé en Marruecos. También al Rey Sabio debemos la idea de combatir a los musulmanes en el mar con la creación de la primera orden militar hispánica de carácter naval: la Orden de Santa María de la Estrella, con sedes en El Puerto de Santa María, Cartagena y La Coruña⁴.

La Europa mediterránea occidental seguía atentamente la evolución del conflicto en el Estrecho. En realidad genoveses y pisanos urgían al Rey de Castilla para que abriera la ruta del mar al océano. Sancho IV contrató los servicios del almirante genovés Benito Zaccaría, el héroe aventurero del Egeo, quien aportó siete galeras a las que se unirían otras cinco castellanas construidas en las atarazanas de Sevilla. Esta flota de doce naves (galeras reforzadas y de borda más alta) tendría como misión la vigilancia permanente del Estrecho de Gibraltar.

En febrero de 1291 Mohamed II de Granada ofreció a Sancho IV una alianza militar contra los benimerines, hermanos de fe pero inquietantes vecinos que se enseñoreaban de Algeciras, Tarifa, Ronda y Estepona.

Los benimerines del sultán Ibn Yacub realizaron una cabalgada por tierras de Jerez pero fueron totalmente derrotados en el mar por Benito Zaccaría en la bahía de Gibraltar el 6 de agosto de 1291. Castilla dominaba el mar⁵.

4 BALLESTEROS BERETA, A., *Alfonso X el Sabio*, Albir, Barcelona, 1984, pp. 362-376 y *Crónica de Alfonso X*, edición de Manuel González Jiménez, Real Academia de Alfonso X el Sabio, Murcia, 1998, pp. 129-130 y p. 136.

5 «...En el mes de abril en que comenzó el noveno año del reinado deste rey don Sancho, que fue en la era de mill é trecientos é treinta años, andaba el año de la nascencia de Jesu Christo en mill é docientos é noventa é dos años (...) llególe mandado (al rey Sancho) en commo el rey Aben Yacob era en Tánger, é que tenía y doce mill caballeros para pasar aquende, é que tenía veinte é siete galeas muy bien armadas, é

El 24 de junio, Festividad de San Juan Bautista, de 1292, Tarifa fue cercada por tierra y mar por los castellanos a quienes auxiliaban diez galeras que Jaime II de Aragón había enviado, mientras los granadinos aportaban víveres a los sitiadores.

Tras duros combates y actos de valor, Sancho IV el Bravo conquista la codiciada plaza de Tarifa el 21 de septiembre de 1292⁶.

La guerra contra los benimerines excedía con mucho las posibilidades económicas de los castellanos, por ello no pudo ser prolongada. Sin embargo la primera de las tres llaves de este lado del Estrecho de Gibraltar estaba en manos cristianas.

Es ahora cuando se produce el célebre suceso del cerco de Tarifa por los benimerines de Ibn Yacub y de la resistencia a ultranza de Don Alfonso Pérez de Guzmán, quien prefiere ver morir a su propio hijo, capturado y amenazado de muerte por los musulmanes, que rendir la plaza. Narra la tradición que incluso arrojó su propio puñal a los benimerines desde lo alto de un torreón para que hicieran lo que quisieran. Pero Tarifa no se rendiría jamás. Don Alfonso Pérez de Guzmán acababa de pasar a la Historia con el nombre de Guzmán el Bueno (1294). El Castillo de Tarifa ostenta con orgullo hasta hoy su nombre.

La muerte prematura de Sancho IV en 1295 y el comienzo de la minoría de edad de Fernando IV bajo la regencia de Doña María de Molina, fue el detonante de nuevas operaciones militares. En 1296 Mohamed II de Granada declaró roto su vasallaje con Castilla y atacó diversos puntos de Andalucía. Los nazaríes se apoderaron de Quesada, vencieron a las milicias concejiles sevillanas y pusieron sitio a Tarifa donde de nuevo resistía Don Alfonso Pérez de Guzmán. Pero Castilla, con la enérgica y resolutiva Reina María de Molina aguantó todas las embestidas de sus enemigos.

En el año 1300, coincidiendo con la proclamación de Fernando IV como mayor de edad (con catorce años), los granadinos se apoderaron de Alcaudete (Jaén) y llegaron a amenazar la capital del Santo Reino. Por si fuera poco Mohamed II reconoció como legítimo Rey de Castilla al pretendiente al trono, Alfonso de la Cerda, a cambio de la promesa de anexión de Alcalá la Real, Vejer, Medina Sidonia y Tarifa.

ellos que querían pasar, é que llegó Micer Benito Zacarías, el ginoves, con doce galeras muy bien armadas, é estando el rey Aben Yacob con toda su hueste en la ribera de allen mar, lidió este Micer Benito Zacarías con aquellas veinte e siete galeas de los moros, é venciólos, é prisió dellas las trece, é fugieron las otras, veyendolo el rey Aben Yacob e toda su hueste que estavan delante; é albergó y esa noche Micer Benito Zacarías, é estudo y otro día trayendo aquellas trece galeas, jorrándolas con sogas ante el rey Aben Yacob é ante toda su hueste. E cuando el rey Aben Yacob vio esto, tobose por muy quebrantado é muy deshonorado, él luego movió con toda su hueste e se tornó para Fez. E cuando estas nuevas ovo el rey don Sancho, plúgole ende mucho, é mandó mover toda su hueste para Sevilla...» *Crónica del rey don Sancho el Bravo*, en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, Tomo I, B. A. E., Ed. C. Rosell, Madrid, 1953, cap. IX, p. 86.

6 LADERO QUESADA, M. A., «Castilla y la Batalla del Estrecho en torno a 1292: la toma de Tarifa» en *Los Señores de Andalucía*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 1988, pp. 405-418.

En 1302 sube al trono de Granada Mohamed III, quien derrota a los castellanos en Bedmar, pero pronto se ve envuelto en una dura revuelta interna liderada por el arráez de Guadix. La causa del Infante de la Cerda decae y se llega a un acuerdo de paz. Mohamed III renuncia para siempre a sus pretensiones sobre Tarifa, Cazalla, Medina Sidonia, Vejer y Alcalá la Real. A cambio se anexiona: Quesada, Alcaudete, Bedmar, Locovín y Arenas. Sin duda los granadinos salieron muy bien parados del conflicto.

Es ahora cuando el soberano nazarita emprende la ampliación de La Alhambra, se apodera de Ceuta y del Peñón de Vélez de la Gomera. Pagado de sus éxitos y, de forma imprudente, penetra en tierras valencianas llegando a Crevillente y hostilizando por mar Alicante, Javea y Denia. El rey Jaime II, en cuyos dominios habitan miles de mudéjares, no puede sufrir esos ataques y, pronto, firma en Alcalá una alianza militar con Fernando IV y en Fez (1309) con los benimerines. Hasta tal punto es cambiante el juego diplomático que convierte en enemigos a los vasallos, en aliados a los enemigos y en amigos a los rivales.

La guerra estalla en la Península y en el norte de África. Las plazas granadinas de Ceuta, Melilla y Algeciras son sitiadas. Pero la extraña alianza castellano-aragonesa-benimerín estaba destinada a durar poco tiempo, aunque un tiempo precioso puesto que los benimerines recuperaron Ceuta, los castellanos, dirigidos por Guzmán el Bueno y Juan Núñez de Lara, se apoderaron de Gibraltar y en Granada estalló una sublevación aristocrática que derribó a Mohamed III y puso en el trono a su hermano, el pacífico Nars.

Nueva vuelta de la rueda de la fortuna. Discordias nobiliarias en Castilla, que levanta el cerco de Algeciras, retirada aragonesa en el asedio a Almería y cambio de alianzas cifrado en la nueva concordia militar entre benimerines y granadinos quienes entregaban a los norteafricanos las plazas de Algeciras y Ronda.

En 1310 se firma en Algeciras un tratado de paz entre Granada y Castilla por el que los granadinos reintegran a los castellanos todo lo ganado en 1302 bajo Mohamed III, se reconocen vasallos de Castilla y permiten libertad de movimientos de los comerciantes castellanos en tierras granadinas. El tratado irritó sobremanera a los nobles y a los partidarios de la política proafricana. Distintas sublevaciones terminaron por desencadenar una guerra civil. Castilla se disponía a intervenir decisivamente en la misma cuando se produjo la temprana muerte de Fernando IV, el «Emplazado» según la leyenda popular, a la edad de veintisiete años. Era el 9 de septiembre de 1312.

La muerte del rey Castellano dejó huérfano de apoyos a Nars quien se avino a pactar con los sublevados su retiro a Guadix mientras en Granada era proclamado rey Ismail I, nieto de Mohamed II y proclive a la influencia benimerín en su política.

Y de nuevo esta gran mujer y reina, Doña María de Molina, volvía a ser regente, ahora en nombre de su nieto Alfonso XI.

La guerra contra Granada y los benimerines se reanudó en 1316, fundamentalmente para unir a la díscola nobleza castellana entorno al nuevo rey en una empresa

exterior común y para evitar que el Reino de Granada se transformara en una peligrosa plataforma del poder benimerín, cosa que ya virtualmente sucedía habida cuenta de que Utmán ben Abil-Ulá, líder de los «Voluntarios de la Fe», era el verdadero árbitro de la política granadina.

Las operaciones militares comenzaron con una derrota naval castellana y el desembarco de benimerines junto a Gibraltar, plaza que sitiaron de inmediato. Pero aquellas acciones no indicaban ni mucho menos debilidad de los castellanos. Dispuesta la contraofensiva, se libró la incierta en cuanto a resultado batalla de Alicum y, pronto, los castellanos del Infante Don Pedro tomaron la plaza de Iznalloz (Granada) derrotando a renglón seguido a los granadinos en el combate de Porcuna. En 1319, tras una corta tregua, el Infante Don Pedro se apoderó de: Cambil, Tixcar y Rute. Las líneas defensivas granadinas se desplomaban y las banderas y pendones ornados de castillos y leones comenzaron a flamear en la Vega de Granada llegando casi a las murallas de la capital nazarita.

El 18 de junio de 1320 Ismail I aceptaba la firma de treguas con Castilla por cuatro años. En 1324 la guerra se reanudaba con la conquista por parte de los reorganizados y reforzados granadinos de las plazas de Galera, Orce y Huéscar. Parece ser que en el asedio de Huéscar sí se empleó por primera vez artillería de pólvora por parte musulmana. En 1325 los granadinos dirigieron una aceifa contra Martos (Jaén) que saquearon sin piedad. La fortuna en este caso se mostró esquiva con los granadinos pues su rey Ismail I fue asesinado en una conjura palaciega y tuvo que sucederle, en minoría de edad, su hijo Mohamed IV.

Castilla se apresta de nuevo para la lucha y en el verano de 1326 vemos a Don Juan Manuel venciendo a los granadinos cerca de Antequera. En 1327 los castellanos toman Olvera, Pruna, Ayamonte y Torre de Alhaquín. En 1330, y con apoyo aragonés, se apoderan de Teba. En Granada cunde el desaliento y parece claro que no queda más salida posible que, o volver al duro vasallaje impuesto por Castilla o aliarse totalmente, a pesar de los riesgos que conllevaba, con los benimerines y su nuevo califa Abul-Hassan Alí. De momento nuevas treguas y compás de espera en este interminable juego de frontera.

Año de 1333, retorna la guerra y con ella la pérdida castellana de Gibraltar a manos del ejército combinado benimerín y granadino. Abd-el-Malik, hijo del califa norteafricano, dirigió las huestes musulmanas contra los defensores de Vasco Pérez de Neira y sus auxiliares aragoneses⁷.

7 Las intenciones de conquista de Abu l-Hasan ya eran conocidas al menos desde marzo de 1333. Así lo demuestra una carta que la ciudad Sevilla envía a Alfonso XI en esa fecha y en la que se dice: «Otro si disen que el rey de allen mar mandó a este su fijo que está sobre Gibraltar con su gente que en toda la frontera non talasse árboles ni viñas, ca tenia que en poco tiempo por toda suya. Et aun disen que este fijo del rey de allen mar a prometido a los grande omnes de su tierra que viesen con él ciertas villas de la frontera e señaladamente, que a dado sus privilegios, a uno en como le da Carmona e a otro a Écija e a otros muchas villas [...]», en CANELLAS, A., «Aragón y la empresa del Estrecho en el siglo XIV. Nuevos documentos del Archivo Municipal de Zaragoza», *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, 2, 1946, pp. 7-73.

Y de nuevo se detiene esta guerra intermitente con otra tregua, durante la cual el rey de Granada Mohamed IV es asesinado por los partidarios de un Reino libre de la influencia norteafricana. Yusuf I, hermano del rey asesinado, será ahora el nuevo monarca.

3. El Salado: la última gran batalla

A la economía de Granada le interesaba controlar el Estrecho, bien directamente o bien a través de los benimerines. Los intercambios comerciales se hallaban en un momento crítico por los efectos de la Guerra de los Cien Años en Francia y la cuestión del acceso entre el Atlántico y el Mediterráneo. Yusuf I había decidido y los benimerines también. La guerra que se avecinaba no iba a ser una serie de choques fronterizos. Ahora llegaba el momento de jugarse el todo por el todo. Desde 1336 se tienen noticias de los preparativos de un gran ejército benimerín en Fez⁸.

La última tregua firmada expiraba en 1338 y los musulmanes no hicieron nada por renovarla.

El año 1339 presencia el desembarco de un ejército benimerín al mando de Abd-el-Malik, el conquistador de Gibraltar en 1333. Felizmente para Castilla, su flota, con ayuda aragonesa, al mando de Alfonso Jofre Tenorio y Gilabert de Cruilles, bloqueó el Estrecho. Los recién desembarcados quedaron así aislados y fueron con presteza exterminados, incluido el propio Abd-el-Malik.

Hacia la primavera de 1340 Abul-Hassan pasó a la Península acampando en las inmediaciones de Tarifa, plaza que fue de inmediato atacada. Para no repetir la suerte del año anterior los benimerines vencieron y dieron muerte a Jofre Tenorio. De este modo garantizaban sus líneas de suministro con la cabeza de puente que habían establecido⁹.

Mientras Tarifa resistía el asedio benimerín, Alfonso XI concentraba en Sevilla todas las fuerzas castellanas disponibles. A ellas se sumaba el rey de Portugal Alfonso IV con las suyas y otros contingentes de aragoneses. El espíritu de Las Navas parecía presidir el ambiente¹⁰.

8 Destaca la información que el fraile aragonés Pedro Comte transmite al rey de Aragón: «[...] quel dit Rey de Marrochs nulla hora no ha cessat ni cessa de fer passar en les parts despanya cavalleria et gent de peu et viandes et armes el altres aparellaments de galees que james fos fet per moros», A. GIMÉNEZ SOLER, *La Corona de Aragón y Granada. Historia de las relaciones entre ambos reinos*, ob. cit., p. 264.

9 IBN MARZUQ, *El Musnad: hechos memorables de Abu l-Hasan, sultán de los benimerines*, estudio, traducción, anotación e índices anotados por María J. Viguera, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid, 1977.

10 Si seguimos la narración de la crónica portuguesa, en ella se asegura que un fuerte temporal hundió por esas fechas dos galeras de Portugal frente a Tarifa. *Crónica dos sete primeiros reis de Portugal*, edición de Carlos Silva Tarouca, Academia Portuguesa de História, Lisboa, 1952, volumen II, p. 319.

Tras una compleja marcha de trece días, a unos quince kilómetros diarios, Alfonso XI finalmente pudo acampar en un lugar conocido como Peña del Ciervo, en la Sierra gaditana de La Peña, con unos 15.000 caballeros más un importante número de infantes¹¹.

Los mariníes (benimerines) de Abul-Hassan levantaron el sitio que mantenían sobre Tarifa desde el 22 de septiembre de 1340 a la vista de la aproximación del ejército cristiano, y establecieron un nuevo campamento en lo alto de una colina próxima el 29 de octubre.

El ejército cristiano, aunque numeroso, no podía compararse con el benimerín por lo que se envió una fuerza de 1.000 jinetes y 4.000 peones castellanos para que auxiliaran a la guarnición de Tarifa y transmitieran la orden de salir de los muros de la plaza y atacar a los benimerines por la espalda en el momento en que se entablara la lucha.

El orden de batalla del ejército cristiano en la Batalla del Salado fue el siguiente:

VANGUARDIA	Infante Don Juan Manuel	Don Juan Núñez de Lara, Señor de Vizcaya	Orden Militar de Santiago	Milicias del Concejo de Sevilla	
CENTRO	Rey Alfonso XI con sus magnates, Arzobispo de Toledo, preladados del Reino y guardia	Rey Alfonso IV de Portugal con sus magnates, Orden de Calatrava, Orden de Alcántara y Orden de San Juan	Don Álvaro Pérez de Guzmán con los Donceles de su casa	Don Pedro Núñez de Guzmán con tropas leonesas, zamoranas y asturianas	Caballeros Fronterizos y mesnadas castellanos y extremeñas del Infante Heredero Don Pedro
ZAGA	Don Gonzalo de Aguilar	Milicias del Concejo de Córdoba			
GUARNICIÓN DE TARIFA	Fuerzas de la guarnición	Fuerzas auxiliares de Don Álvaro Pérez de Guzmán	Flota aragonesa al mando de Don Pedro de Moncada	Flota castellana al mando del Prior de San Juan	

Fuente: Elaboración del Autor.

El Rey Alfonso XI dio la orden de marcha, y las tropas cristianas, tras recibir la comunión y la absolución general de manos del Arzobispo de Toledo, descendieron de la Peña del Ciervo a la llanura. Atravesaron el río de la Jara y llegaron a las inmediaciones del Salado. Para poder atravesarlo era preciso localizar algún vado o bien emplear el viejo puente de piedra que lo cruzaba.

¹¹ Sobre la toponimia de la Batalla destaca el estudio de LÓPEZ FERNÁNDEZ, M., «La Batalla del Salado sobre la toponimia actual de Tarifa», *Revista Aljaranda. Historia Medieval*, 67, 2007, pp. 2-10.

Pero los vados y el puente estaban custodiados por las vanguardias mariníes por lo que por unos momentos el monarca castellano duda del mejor procedimiento táctico a aplicar. Antes de poder tomar una decisión, los hermanos Gonzalo y Garcilaso Ruiz de la Vega, de la guardia del Rey, corren hacia el puente de piedra y alientan a voz en grito a las tropas de vanguardia para que les sigan. Y los nobles, caballeros y peones, exaltados y enardecidos, les siguen. Ha comenzado la batalla.

Al contemplar los primeros combates desde lo alto de los muros de Tarifa, las fuerzas de auxilio y algunos defensores abandonan la plaza y se lanzan sobre el campamento de los benimerines acosando su retaguardia e impidiendo que ésta pueda intervenir en el combate principal. Esta valerosa salida de los sitiados está protegida desde el mar por una pequeña flota de siete naves, la mayoría aragonesas, que al mando de Don Pedro de Moncada se ha presentado ante Tarifa muy oportunamente.

El ala izquierda de la vanguardia cristiana se desgaja del resto de unidades y realiza una cabalgada envolvente por el flanco derecho del ejército mariní llegando a alcanzar el campamento de los norteafricanos y sometiéndolo a saqueo.

Es ahora cuando la vanguardia de los benimerines se lanza a un ataque frontal en gran escala atravesando el río Salado.

Para evitar que la vanguardia ceda, las tropas de Don Gonzalo de Aguilar y las milicias cordobesas pasan a engrosar la primera línea de defensa...y resisten el embate manteniendo a raya a los mariníes. No hay tiempo que perder. Alfonso XI da la orden de ataque general al centro cristiano. Las vanguardias musulmanas son aplastadas. Ante tal situación los benimerines ordenan a su caballería, dividida en cinco haces, que cargue contra los cristianos. Estamos en el punto crucial de la batalla.

El Rey Alfonso XI se sitúa muy próximo a la primera línea y una flecha enemiga alcanza la silla de su caballo. Lejos de intimidarse, el Rey arenga a los suyos a grandes voces con estas célebres palabras: «*Feridlos, feridlos, que yo soy el rey don Alonso de Castiella et de León ca el día de hoy veré cuáles son mis vasallos, et verán ellos quién soy yo*»¹².

Tras durísimos combates y con Don Gonzalo de Aguilar como protagonista, la embestida mariní es contenida y se pasa a la contraofensiva. Los haces de caballería de Abul-Hassan comienzan a dislocarse dando lugar a las primeras escenas de pánico entre los combatientes a pie que siguen al hijo del califa mariní¹³.

Cuentan las crónicas portuguesas que tuvo una importancia decisiva en la batalla la ceremonia de alzado de la reliquia de la Santa Cruz entre las tropas que combatían.

12 HUICI MIRANDA, A., *Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas*, Universidad de Granada, Granada, 2000, pp. 332-387. Esta es la mejor descripción existente sobre la batalla de El Salado, aunque se basa en la crónica abreviada de Alfonso XI y no en la Gran Crónica que ofrece mucha más información.

13 MANZANO RODRÍGUEZ, M. A.; *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1992, pp. 192-213.

Fueron sus custodios, los freires sanjuanistas, los encargados de tal acto para que fuera señal inequívoca de la protección divina y de la victoria que se habría de alcanzar¹⁴.

Son precisamente las fuerzas del Rey de Portugal, Alfonso IV, con el apoyo de la Orden de San Juan, mandada por el Prior Álvaro Gonçáles Pereira y el auxilio de Don Pedro Núñez de Guzmán, las encargadas de atacar y derrotar a las huestes granadinas del rey Yusuf I, impidiendo de este modo que puedan auxiliar a los benimerines en aquel momento crítico del combate.

La batalla prosigue pero la iniciativa corresponde a los cristianos en todos los sectores. Pronto el ejército benimerín flaquea y vuelve las espaldas. Es la victoria.

Las siete sangrientas horas vividas a orillas de El Salado son de capital trascendencia para el futuro de los Reinos Cristianos Peninsulares. La última gran batalla de la Reconquista, denominada de Tarifa por los musulmanes y del Salado por los cristianos, ha terminado.

Ante la derrota total Abul-Hassan y Yusuf I huyen a Algeciras pero, temerosos de ser sitiados, se separan, partiendo el benimerín hacia Ceuta y el granadino hacia Marbella.

La victoria es verdaderamente espectacular. El ejército meriní ya no existe. El botín capturado resulta fabuloso. Tarifa está libre de todo asedio y el triunfo final en la compleja batalla por el Estrecho se decanta ya claramente por Castilla.

Entre los prisioneros destaca Umalfat, hermana del emir, y varias mujeres nobles así como Tasufín, hijo del propio Abul-Hassan. Varias cristianas, cautivas en el harem meriní, fueron puestas en libertad.

Las innumerables joyas y objetos de valor fueron expoliados por las huestes cristianas, algunos de cuyos soldados, al verse inmensamente ricos, desertaron del ejército y escaparon a lejanas tierras.

14 «...El-rei foi desto mui ledo. Disse a Dom Álvaro Gonçalves de Pereira, priol da Ordem da Cavalaria de São João, no reino de Portugal, que fezesse mostrar a vera Cruz do Marmelar, que lhi ele mandara trazer. E o priol dom Álvaro de Pereira mandou vestir um crérgo de missa em vestimentas alvas e a vera Cruz em uma hasta grande, que a pudessem ver de todas as partes, e fez o crérgo cavalgar em um mu muito alvo, e trouxe a vera Cruz ante el-rei. E disse-lhi o priol dom Álvaro: - Senhor, vedes aqui a vera Cruz. Orade-a e poede em ela fiúza e pedide-lhi que Aquele que prendeu morte e paixom em ela, por vos salvar, que vos faça vencedor destes que som contra a sua fé. E nom dultedes que, pela sua vertude e por os bons fidalgos vossos naturais que aqui tendes, havedes de vencer estas lides e vós havedes de vencer primeiro. El-rei e aqueles que com ele estavam foram mui ledos e esforçados destas palavras do priol dom Álvaro e disserom: - Assi o cumpra Jesu Cristo. E fezerom sua oraçom à vera Cruz muito humildosamente...» (Do Terceiro livro de Linhagens: Batalha travada entre Cristãos e Mouros, em 30 de Outubro de 1340, junto da ribeira do Salado, na província de Cádiz, no sul de Espanha) en FERREIRA, M. E., *Põesia e prosa medievals*, Biblioteca Ulisseia de Autores Portugueses, 2. & edição, Lisboa 1988, pp. 150-153.

4. Las consecuencias de la batalla de El Salado

Alfonso XI regresó a Sevilla una vez dispuesta la reparación de las murallas de Tarifa y su protección marítima por la flota aragonesa. En solemne entrada, la ciudad hispalense acogió con júbilo a los vencedores mientras los prisioneros encadenados arrastraban por el suelo sus derrotadas banderas. Esos estandartes de los benimerines, como si se tratara de un recuerdo del mítico «Pendón de las Navas», fueron enviados a la Catedral de Toledo, en cuyos museos aún hoy se pueden admirar¹⁵.

El Real Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe en Cáceres quedó estrechamente vinculado al triunfo de las armas cristianas así como la ciudad portuguesa de Guimaraes en la que se erigió un templete-humilladero para recordar la victoria.

Alfonso XI sabe que la campaña, a pesar de la gloriosa victoria, debe continuar. Es preciso aprovechar el durísimo quebranto inflingido a los meriníes para que éstos no vuelvan a inquietar la Península. También es necesario demostrar a los granadinos que ya no pueden esperar auxilios exteriores en un futuro y que su único destino es retornar a su condición de vasallos de los castellanos.

Por todo ello veremos al monarca cristiano proseguir los combates en años posteriores y volver a derrotar a los musulmanes en 1343 en la Batalla del Río Palmones, en la que también pelearía con alto honor el Infante Don Juan Manuel, autor de «*El Conde Lucanor*», y cuya consecuencia inmediata sería la ocupación de la cuenca del Río Guadarranque, con los castillos de Castellar de la Frontera, Torre de Palmones y, finalmente, con la conquista de Algeciras y la firma de la paz en 1344.

Dos de las tres llaves del Estrecho en la Península ya eran castellanas, pero faltaba la tercera: Gibraltar, todavía en manos mariníes.

Previo al asedio de la rocosa plaza Alfonso XI procedió a la conquista de las tierras del curso bajo del Guadiaro con la fortaleza de Jimena de la Frontera.

Durante el asedio de Gibraltar se desató una terrible epidemia de peste en el campamento cristiano. Se trataba de la temida llegada a la Península de la Peste Negra, que comenzara a asolar Europa en 1348.

A pesar de los consejos y advertencias de los suyos, Alfonso XI permaneció en el campamento de asedio y enfermó a causa de la terrible epidemia. El 26 de marzo de 1350 fallecía el último monarca genuino de la Reconquista. Habría que esperar, con algunos éxitos y fracasos menores entre tanto, al reinado de los Reyes Católicos para ver culminado con acierto, valor y diligencia, este dilatado y complejo proceso de nuestra historia medieval.

15 Algunas de las enseñas capturadas fueron enviadas al Papa quien las expuso públicamente en la Iglesia de Santa María de Avignón según se recoge de la información ofrecida por SEGURA GONZÁLEZ, W.; «Los pendones de la Batalla del Salado», *Revista Aljaranda. Historia Medieval*, 66, 2007, pp. 9-16.